

Laico hoy en la Iglesia
Retos a la Iglesia Diocesana
29, mayo, 2004

El título expresa el intento y el final de mi conversación con vosotros. Haré por aproximarme a esa meta. Y me contentaré con que hayamos podido avanzar algunos pasos en esa dirección. La jornada ha de ayudarnos a templar nuestro ánimo, a dar luz a vuestra extraordinaria vocación, a equipar vuestra mochila misionera con el talante de la esperanza y del coraje, que se apoya en el envío del Señor y en la fuerza permanente del Espíritu Santo.

Pero, lo primero que quiero subrayar y por lo que doy gracias a Dios es mi encuentro con vosotros. Es una jornada de convivencia y reflexión. Está marcada por la *exigencia de responder* adecuadamente a la misión, a la tarea y a la confianza que la Iglesia Diocesana pone en vosotros, educadores cristianos.

A lo largo del año me encuentro con otros grupos creyentes. Más de uno de vosotros habéis participado en el de catequistas o tal vez en el de jóvenes. Hoy es con vosotros educadores cristianos, y esto me llena de esperanza. Os la aseguro y me la dais.

Me traéis el recuerdo de la escuela, del instituto. Con vosotros veo el trabajo multiplicado. Alcanza a vuestros alumnos -¿a cuántos miles llegáis y de cuántas edades?- Llegáis también a incontables familias. Y no es campo menos importante el de vuestros compañeros de claustro.

Por otra parte decir "escuela" es hablar de campo de siembra y de esperanza. Es taller de hombres y mujeres. Es fragua y forja. Es seno materno. Es presente y es futuro. Es fatiga. A veces se ve ya el fruto. La escuela construye la sociedad y la convivencia. Es un extraordinario modo de colaborar con el proyecto de Dios sobre el hombre. Dios está en la escuela. La Iglesia ha amado con pasión la escuela, porque ha amado al hombre. Y cuántas veces escuelas de la Iglesia han nacido en los arrabales y ha sido oportunidad para los que nada poseían.

Celebro este encuentro. Sois creyentes convencidos. Sois maestros. Habladme también de vosotros. Habladme de la escuela.

De acuerdo con José María he organizado mi conversación con vosotros en estos puntos:

- 1.- Empezaré por el subtítulo de la charla. Hace referencia a los retos, algunos, que llegan de frente y de costado a nuestra Iglesia Diocesana.
- 2.- Subrayaré, a muy grandes líneas, los retos desde el nuevo contexto cultural.
- 3.- Os invitaré a contemplar a Jesucristo maestro.
- 4.- ¿Cuál ha de ser vuestra respuesta? Como dice el título, la respuesta es el laico que se siente Iglesia y afirma su presencia en la escuela de modo asociado.

1.- Retos a nuestra Iglesia Diocesana.

Es el título de un escrito que estamos manejando en la Diócesis. El reto nos llama a la puerta. Sacude la rutina. Pide respuesta. El reto nos centra, además, en la historia y nos lleva al corazón del mundo, nos ata a la realidad. Brevemente, entre otros, os recuerdo cinco retos, que nos vienen de la fe. Al final, me referiré a un sexto, y os indicaré alguna respuesta adecuada.

1º Nuestro Plan Diocesano de Pastoral es respuesta a los retos que juntos vimos y percibimos. No es respuesta a preguntas que no nos hacen ni es respuesta al aire. Se fue concretando a lo largo de los meses. El Espíritu actuó. Pero hoy, para la Iglesia Diocesana, el mismo Plan se convierte en reto que nos afecta a todos. Os llama también a los educadores cristianos y os desafía a dar una respuesta en comunión con toda la Comunidad.

2º Y es que los retos más importantes a la Iglesia le llegan de la *Palabra* de Dios. Primero, porque el Señor puso el listón alto: Ser cristiano no es ser mediocre. "Como vuestro Padre", decía Jesús. O, como Él lo ha hecho, que delante iba Él.

Además, cada página del Evangelio es un reto. Las Bienaventuranzas tienen y conservan todo el vigor de una propuesta desafiante. El mundo, la escuela, se debe llenar y dejarse transformar por el espíritu de esta página absolutamente revolucionaria. Y por el amor fraterno, que nos garantiza el Espíritu, y que se amasa de entrega y servicio, de comprensión y perdón, de misericordia y aguante. Con quince adjetivos describe San Pablo el amor en la carta primera a los Corintios.

3º El reto también viene de la *misión* con palabras que cada día escuchamos. "*Salid. Id. Poneos en camino. Os envío*". La Iglesia no es, sobre todo, "sala de espera", sino buscadora empedernida. A cada comunidad o grupo hay que preguntarle qué presupuesto tiene para "sandalias".

Id a la escuela. Entrad en la escuela. Es vuestro campo de misión. Y si es misión, un convencimiento tenéis: Que no estáis solos. Quien te envía está contigo. Tú eres la Iglesia en la escuela. La misión no es fácil. No es fácil hoy. Vosotros sentís en la cara tantas veces el aire helador. Pero el reto de la misión, como encargo de Jesús, está, gracias a Dios, vigente. Pero no hay misión sin comunión.

4º Debo recordaros, por eso, el reto que nos viene de modo permanente de la *comunión*. Me alegra recordar y enumerar el patrimonio humano con que cuenta la Iglesia Diocesana. Repasad la cifra de catequistas, más de 2000, contad los grupos de Cáritas, de visitadores de enfermos, de la cárcel, tantos grupos de jóvenes, un centenar de comunidades religiosas, más de 200 parroquias y cincuenta colegios de la Iglesia, los Movimientos y Asociaciones, Hermandades, ¿sois 500 educadores cristianos? En todos hay un elemento constante: la fe en Jesús y el voluntariado.

Esta magnífica página que están escribiendo hoy los seculares y los consagrados tiene el elemento disolvente de la *atomización*. Vivimos muchas veces en cotos cerrados, enfermamos sin aire de hermanos.

He de concluir, pues, que no hay misión sin comunión.

5º Y, por último quiero referirme al desafío que nos viene de los *valores* que descubrimos en el mundo de hoy. No puede ser el pesimismo la visión correcta y definitiva del creyente. El mundo, así lo veían los cristianos, está sembrado de "semillas del Verbo". Y hemos de descubrirlas.

* Por eso, la *respuesta* al reto es el amor. Dios amó al mundo hasta el extremo. No es la condena ni el juicio. Es el amor sincero hasta el sacrificio. Y es la mirada esperanzada desde la Resurrección de Jesús.

Como veis existen dos *verdades*: la *verdad de la historia* concreta, actual, encarnada en nuestra geografía de Alicante, en la historia de nuestra sociedad, es lo que está aconteciendo en la calle y entre nosotros, la segunda *verdad* es la de la *fe*, que está viva en la Palabra, que nos manifiesta el grandioso proyecto de Dios, proclamado por Jesucristo, el Señor, y depositado en la Iglesia.

* Entre estas dos verdades se crea una tensión permanente y positiva, tensión de liberación. Esa confrontación la realizamos de modo reiterado. La llamamos *Revisión de vida*, un método muy frecuente en los Movimientos Apostólicos, o *Lectura creyente de la realidad*.

Y de esta tensión nació, como respuesta, el Plan Diocesano de Pastoral. Refleja nuestro esfuerzo, apoyado por el Espíritu Santo, de ser fieles a nuestra gente, a nuestro tiempo, y ser fieles al Señor y a la confianza que en nosotros depositó. De la Palabra de Dios aprendemos que la Iglesia está al servicio del hombre, del hombre entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad, virtud y pecado. Para esto nació la Iglesia.

* Ya entendéis la calidad de este primer grupo de retos. Nos viene de Dios. Nos viene de Jesús, de su vida y de su enseñanza. Nos viene del Espíritu. Es reto estimulador. Crea esperanza y aliento.

* Para terminar este punto quiero volver al Plan Diocesano de Pastoral. Y de él nos viene el reto, al que ya he aludido –la comunión y la misión–, pero que ahora completo con otro aspecto importante.

Fue un Plan como respuesta pensada en común. Se reflexionó en muchos grupos. La consecuencia inmediata es que lo pensado por todos, por todos debe realizarse, con todos debe hacerse vida.

Es el reto de la *sinodalidad*, que es una preciosa y verdadera definición de la Iglesia. Hacer el mismo camino. Hacer el camino juntos y unidos. Hacerlo a la vez. San Ignacio de Antioquia decía: “*Nada hagáis sin el Obispo*”. Pero a la vez el Papa Juan Pablo II nos recuerda dos máximas, en la NMI. La una es de S. Benito: “*Dios inspira a menudo al más joven lo que es mejor*”. San Paulino de Nola tiene esta exhortación: “*Estemos pendientes de los labios de los fieles, porque en cada fiel sopla el Espíritu de Dios*” (NMI, 45).

Así es la Iglesia. Y la sinodalidad es reto permanente, persistente. No hay dos caminos.

2.- Los retos del nuevo contexto cultural

Hago un moderado zoom, centrando la mirada en el ambiente y contexto cultural en que vivimos. No pretendo hacer una descripción completa ni honda. Basta anotar con trazos fuertes algunos datos. Y lo hago, porque es algo que está afectando poderosamente las ideas y los comportamientos, en muchas ocasiones con rasgos beligerantes, más frecuentemente de modo silencioso e insinuante. Me refiero a él, porque es el ámbito en que expresáis vuestra profesión y al que entregáis vuestro trabajo.

En el párrafo anterior aludía a los valores que se dan en nuestro tiempo y cultura. Y es lo primero acogerlos, valorarlos. Reconocerlos como abundantes “semillas del Verbo”. “*Todo lo noble, lo verdadero, lo justo... tenedlo en cuenta*”, afirmaba S. Pablo. Dialogar, también por supuesto con la cultura, fue el camino, que trazó el Papa Pablo VI. Mucho tiempo habéis dedicado a desentrañar qué contiene el diálogo fe-cultura.

Ahora os presento sólo algunos datos someros del lado sombrío y desafiante, retos a nuestra Iglesia. Son algunos de ellos que genera la historia y la geografía en el ámbito cultural de hoy.

1.- Me refiero, en primer lugar, a la *increencia*, con tantos nombres y matices. *Dios es negado*, y no es infrecuente oírlo en declaraciones, tertulias, manifestaciones, en los medios de comunicación. A veces, Dios es ridiculizado. Que su nombre no se pronuncie.

Cunde la afirmación de que se puede vivir bien sin Dios. Y el intento de muchos es construir una sociedad sin Dios.

Dios no interesa. De Dios “se pasa”. De Dios hasta se blasfema. Ya recordáis una reciente una obra, cuyo título hiere hondamente la dignidad humana. Y se ha tenido el atrevimiento de divulgarlo en carteles y pasquines.

Del ateísmo y de sus causas habló con precisión el Concilio. Provoca a nuestra conversión la afirmación clara de que muchos creyentes en vez de desvelar el rostro de Dios lo hemos velado y empañado (Cf. GetS 7.19.20.21).

Y, justo en el lado contrario, vemos aunar a dioses, a los que se sirve y a los que se honra con algo muy parecido a una liturgia. Nos rodea un mundo de ídolos. A veces tiene nombres de personas. Son dioses exigentes. Con joyas y pendientes de oro hizo el hombre el primer becerro (Cf. Ex 32). El hecho se repite hoy.

Es el poderoso ídolo del dinero y del poder. El ídolo del bienestar intocable. El ídolo de la técnica y del “progreso” a cualquier precio. Es más, el hombre se endiosa y a la vez la vida humana se maneja de modo temerario y justamente rechazable.

Se cumple el principio de que, cuando Dios no es lo primero, siempre lo paga un hombre.

Si así son los trazos con que se destierra a Dios, ya sabéis que son mucho más hirientes y despectivas las afirmaciones sobre la *Iglesia*. Es verdad que en su historia ha escrito páginas negras. También es verdad que la Iglesia ha pedido perdón. La postura ante la Iglesia, como recordaréis en situaciones recientes, es de beligerancia frontal, sistemática y programada. Se la somete al ridículo y se la presenta como enemiga del hombre, de su progreso y de la cultura. Si habla, se dice que se calle. Si no habla es porque tiene la boca amordazada.

Habría que hablar en tercer lugar de la actitud repetida ante el *hombre creyente*, y ante las *instituciones y obras*, que sostienen los creyentes. Hemos llegado a momentos en que parece que hay que pedir perdón por llamarse “católico”. Se silencia que hubo un grupo numeroso de sacerdotes atendiendo a las familias del 11-M. Se valora la ONG, pero no se alude a la fuente que la hace nacer, y esa fuente es la fe.

Estos son algunos rasgos bajo el apartado de la increencia.

2.- Nos aproximamos a otros aspectos de la *cultura*. La cultura camina, muchas veces, por una senda, que da espaldas a la fe. Se repite y sostiene sin crítica que la fe y el progreso son antagónicos. Se afirma sin rubor que ser creyente es sinónimo de retrógrado y de anquilosamiento, como acabo de recordar.

La cultura dominante impone normas. A veces da la impresión de que impera el tópico y el eslogan. El Evangelio no suena, no tiene eco. “¿De qué habláis?” Es también la cultura de la muerte, que se impone de muchos modos. La cultura de la imagen y de la efectividad y eficacia.

La escuela es una extraordinaria caja de resonancia de todos estos sonidos y ruidos. El niño es vulnerable y se hace eco de lo que vive en familia, en la calle o ante el televisor.

La cultura de hoy es una desafiante propuesta de afirmaciones contundentes, que rompen la antropología que nace del Evangelio. Se presenta a un hombre fragmentado y reducido; su esperanza se agota en el horizonte de esta historia.

La cultura se inscribe muchas veces con los nombres de secularismo, laicismo, inmanentismo, relativismo, subjetivismo, hedonismo. Hoy entre nosotros, con su carga de ambigüedad, hablamos de un pluralismo, que excluye la centralidad de Jesucristo.

Y dentro de la cultura inscribiría también cómo se cuestiona nuestro *lenguaje*, nuestro servicio, nuestra cercanía, nuestra audacia, nuestra fe, nuestro amor al mundo, a Alicante. Y cómo a la fe se le asigna un lugar: la sacristía. Es la privatización de la fe.

Desde otro ángulo más cercano a vosotros, recuerdo sólo otros retos de la cultura, que inciden en la escuela. La escuela está sufriendo una fuerte sacudida. El cambio de régimen impone una reforma social del sistema educativo. Y, sin aplicarla, se habla ya de abortar una ley aprobada. Y el niño lo sufre.

Y sois conscientes del fuerte cuestionamiento de la clase de religión, a pesar de contar con la petición expresa del 75% de los padres.

Otro reto viene de la inmigración. No es infrecuente que en una misma aula y recreo convivan niños de varias culturas y lenguas.

Es preciso también tomar nota, como lo hacéis, de los fuertes vaivenes que sufre la escuela, cuando lo que necesita es una paz serena y cuidada. Se parece al seno materno, con todo lo que posee de sagrado. Se está gestando una persona, un hombre, una mujer y necesita sosiego.

La escuela, además, tiene competidores fuertes y disgregadores en la calle, en los medios. A veces, en la misma familia, en muchos hogares, cuando lo más que se percibe es indiferencia y ausencia, en otras ocasiones, agresividad. La escuela, muchas veces, sufre soledad. Para otros, es presa apetecible.

Para decirlo todo, la escuela cuenta también con amigos genuinos, sois vosotros. Y son muchos padres y familias que sienten la escuela y están cerca con un criterio lúcido de colaboración sincera. Ellos rompen la soledad de la escuela y alimentan la esperanza.

La *respuesta* no es el silencio, ni replegarnos a la sacristía, como se nos pide. La respuesta es ofrecer recintos de convivencia y de respeto, de diálogo franco. La respuesta es la paz. La respuesta es proponer con claridad nuestra oferta. Defendemos al hombre, no, sobre todo a la Iglesia. No tenemos derecho a hablar, si no servimos al hombre, a la antropología que Dios mismo diseñó, Cristo realizó y el Espíritu garantiza. Y os toca a vosotros laicos tomar la palabra y decir con claridad y convencimiento, con firmeza y respeto vuestra voz. Ayer mismo alguno de vosotros lo hacía en un medio escrito. Y será necesario intervenir en más ocasiones y hacerlo los laicos, que sois Iglesia, "la Iglesia", decía el Papa Pío XII (citado en ChL 29).

El reto es para salir. Y, como decía el Señor, sin alforjas, salir a amar, a ofrecer la coherencia y el testimonio. Porque, afirma el Concilio, uno de los pecados más graves de nuestro tiempo es la ruptura de la fe y la vida (GetS 43).

Ya vais adivinando el perfil del laico creyente en la escuela. La fe de los creyentes ha creado cultura. No es tiempo de complejos, sino de creadores, de creyentes humanos, esperanzados.

Termino este apartado con un testimonio de la NMI: "El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia de inculturación. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará también el rostro de tantas culturas, de tantos pueblos, en que ha sido acogido y arraigado... (nº 40).

Y, en esta visión esperanzada del Papa, entran con nombre propio, con un protagonismo necesario y con una tarea insustituible los laicos cristianos en la escuela.

No se trataba de presentar un largo análisis de los criterios y manifestaciones dominantes de la cultura. Están ya escritos y descritos con signos distintos. El Papa se refiere con frecuencia a la cultura y expresa con ardor y lucidez el principio de que la fe necesita la cultura, la fe no madura si no se impregna la cultura, la fe se hace cultura. El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Gaudium et Spes* dedicó un capítulo al “*sano fomento del progreso cultural*”. Es el capítulo II, números 53-62.

3.- *Jesucristo maestro*

En las páginas, que leo a continuación, os invito a remansaros unos minutos y a entrar en una serena contemplación de *Jesucristo maestro*. El vídeo, que os presentaré, vosotros y yo hemos de repetirlo con frecuencia. Yo también he sido llamado a enseñar. “*Id y enseñad a todas las gentes*”.

Después de estar unos minutos con el Señor, os invitaré con gusto a abrir la puerta de vuestro Colegio y entrar en la Escuela, en vuestra aula. Lo hacéis con respeto, con esperanza. A la escuela sois enviados. En el ámbito de la escuela realizáis la misión. Con vosotros entra el Señor en la escuela y con vosotros permanece. Cristo está, cierto, en la escuela.

De muchas escuelas ha desaparecido el Crucifijo o cualquier signo religioso. Sois vosotros, cada uno, el mejor icono de Jesucristo. Esta fue la espléndida intuición de San Pedro Poveda, que me alegro de evocar con vosotros, y me alegra tener la seguridad de que es así con vosotros y por medio de vosotros.

Vamos a hacer la contemplación de Jesús maestro,

1.- *El ambiente*

La evocación emocionada de Jesús puede empezar por recoger algunos datos del ambiente en que vivió. Y nos será útil tener en cuenta, desde el principio, las serias oposiciones, que sufrió, para dejarnos enseñar en los momentos que vivimos nosotros. Anoto solo algunos episodios o situaciones.

Dificultades del *tentador*. Fue el mismo satanás. La tentación fue desviarle de su proyecto, o del proyecto que el Padre le marcó. La respuesta fue la *fideli*dad absoluta al Padre. Y, cuando así respondía, a nosotros nos enseñaba.

Los *fariseos y grupos religiosos* se oponían también tenazmente, de forma persistente, a su enseñanza. Le pusieron trampas. Se opusieron frontalmente. Decidieron matarlo.

Sus *paisanos* tuvieron un primer momento de aprobación y valoración. Pero la escena de la sinagoga de Nazaret terminó con insultos y descalificaciones y a empujones quisieron arrojarlo barranco abajo.

La *gente sencilla*, un grupo, lo acogió como Maestro y Él se alegró de corazón, porque lo entendían. Pero muchos, que lo seguían, decidieron abandonarlo, cuando les hablaba del “Pan de la Vida”. Y Jesús llegó a decir a los Apóstoles: “¿*También vosotros queréis abandonarme?*” La crisis fue fuerte.

Los *Apóstoles* formaban grupo cercano, pero fue un grupo que le hizo sufrir. Les enseñaba a parte. Les repetía las enseñanzas. Tuvo la amarga impresión de que no le entendían. A punto de subir al cielo, sabemos de qué conversaban por el camino. En alguna ocasión les dio vergüenza manifestar de qué hablaban. No se creyeron que resucitaría. Se le opuso Pedro a seguir el camino de la cruz.

2.- *¿Dónde ejerció su magisterio?* Fue Maestro siempre. Releyendo el Evangelio se puede confeccionar un listado de lugares donde Él enseñó. Os los insinúo.

A los dos primeros seguidores les dio la primera instrucción en un lugar desconocido para nosotros. Ellos le preguntaron: *“¿Dónde vives?”*. Y Jesús les respondió: *“Venid y lo veréis”*.

En el templo, en sus pórticos, enseñó. Escogió la montaña para enseñar. Lo hizo sentado y sin prisas. También a orilla del mar, hasta obligarle a subir a la barca de Pedro y desde allí les enseñaba.

Caminando iba enseñando. Fue extraordinario el camino de Emaús. Y también en las casas particulares, a solas se dedicaba a enseñar a los Apóstoles. A Nicodemo le dio una espléndida lección, fue al atardecer.

Enseñó sin prisas en el Cenáculo la noche de la Cena. En la Cruz nos dio sus últimas lecciones.

3.- *¿Cómo vivió su Magisterio?* Lo vivió como un *encargo* y mandato del Padre. Fue un acto repetido y continuo de *fidelidad* delicada al Padre. El dirá que lo que ‘enseña no es suyo’, sino que “hace lo que ve hacer al Padre, y nos dice lo que le oye decir”. La fidelidad le llevó a no quitar ni una Yod de la Palabra del Padre y esta fidelidad lo llevó a la Cruz.

Lo vivió como un acto de *amor a los hombres*. Lo llamó *amistad*. “Porque sois amigos, nada os oculto y os enseño todo lo que he recibido del Padre”. Fue un gesto de amor. Y amor al hombre fue proponer a todos los hombres el Sermón de la Montaña y hablar con honda pasión del Padre. ¡“Llamadle ‘Padre’”!

Lo vivió con absoluta *coherencia*. Suelen recordar los Evangelios que primero “hacía” y luego enseñaba. Enseñaba lo que hacía y antes había hecho. Primero perdonó y luego enseñó el perdón. La coherencia le llevaba a decir lo que hacía. Por eso pedía coherencia y fue muy duro para quienes enseñan y no son capaces de mover un dedo para practicar lo que dicen.

La gente comentaba que tenía *autoridad*. Y que nada se parecía su modo de enseñar al de tantos maestros que ofrecían al pueblo una enseñanza dañada.

Por eso lo vivió con su *vida*. Su vida enseñaba. Su palabra era amor y era certera. Pero sus gestos y sus acciones enseñaban. El gesto de lavar los pies. El gesto de entrar en casa de Zaqueo. El gesto de aceptar que una mujer pública, con lágrimas, regara sus pies en casa de un fariseo puro, que se escandalizó. El gesto de permitir que por Él se rompiera un frasco de perfume de mucho precio.

Muchas lecciones grandes las enseñó en silencio. Fue el nacer pobre, lejos de su casa, donde nadie nace. Fue conocer el camino de la emigración. Fueron treinta años de trabajo ordinario y escondido. Nazaret es una impresionante escuela, a la que hemos de acudir con frecuencia y ocupar con sosiego un pupitre.

Su vida enseñó a darse. Y la entrega suprema fue la Eucaristía y la Cruz.

4.- *¿Cómo enseñó?* Los maestros tenéis querencia espontánea de la pedagogía. Porque os preocupa el hombre, el acceder a él, el hacer alumbrar y sacar el hombre que hay en cada niño o adolescente.

Jesús enseñó *acercándose*. Él no conoció la enseñanza a distancia. Se acercó en la Encarnación. Se acercó a los de Emaús. Sabían cómo dormía. Fue uno de tantos. No tuvo cátedras altas. A lo más, una piedra donde se sentaba. Hubo momentos en que estuvo a punto de ser estrujado.

Usaba la *vida* para enseñar y la *naturaleza*. El padre que tenía dos hijos, que le reclaman la herencia. Es una página imborrable. El juez que no hacía caso a la demanda insistente de la viuda. El sembrador, que salió a sembrar. El pastor bueno. La vid le sirvió para enseñar. O la levadura y la sal. También la puesta del sol.

Le sirvió la *Palabra de Dios*. Hace referencias repetidas a ella, desde los momentos que siente la tentación. La explicó en el Sermón del Monte. Orientó su vida. Llegó a decir que su vida estaba ya escrita, podían leerla en los libros del Antiguo Testamento. El Señor murió rezando los salmos.

Sus *palabras eran sencillas y los sencillos* lo entendían. Otras veces, tenía que explicarlas. Le gustaba, como he dicho, la comparación, la alegoría, la metáfora, los dichos cortos, la parábola y es maestro de parábolas.

He de recordar que enseñaba con *paciencia*. Fue una cualidad de Jesús. Repetía su enseñanza.

Enseñaba *preguntando*: “¿Qué os parece? ¿Quién decís que soy? ¿De qué habláis? ¿Qué hará el dueño?” La pregunta ayudaba a definirse y con la pregunta la enseñanza era participada.

Por último, en su pedagogía entraba el pasar horas en *silencio*, sin prisas. Se retiraba a *orar*. Eran noches enteras. El silencio enseña, enseña a hablar, enseña a decirlo con sentido hondo y con la frescura de la verdad.

5.- *¿Qué enseñaba?* Es el capítulo más importante y recogerlo resulta altamente gozoso. Nos trajo la *Mejor Noticia*.

Nos enseñó personalmente el Padrenuestro, nos habló con emoción del *Padre*. Nos lo acercó hasta llamarse icono del Padre. Con esto marcaba con claridad nuestras relaciones con Dios, y, a la vez, nuestra ética filial y fraterna.

Nos habló del *Reino*, del Reinado de Dios. De muchas maneras lo describió. Se parece a la sal, a la levadura, a la mostaza, a la red... El Reino de Dios, que tiene como la paternidad y el señorío del Padre, la igualdad de los hombres, la paz y la verdad. En su constitución hay un solo artículo: el mandamiento del amor fraterno.

Nos habló del *hombre*. Él escribió con su vida y con su palabra la antropología más extraordinaria e inigualable. Conoció al hombre hasta el fondo de la traición. Conoció su mezquindad, su mentira. Conoció el mundo que rodea al hombre y que el hombre se crea. Conoció la emigración, el trabajo, el dolor del hombre, se acercó a los enfermos y dijo que los pobres, cada uno, era Él.

Por eso engrandeció al hombre. Le puso como precio su sangre. Vino para salvar al hombre. En el hombre hizo aparecer la imagen de Dios; Él mismo se identificó con el hombre. Y así escribió la antropología más espléndida y no igualada.

Y terminó creando la *Iglesia* y confiando a los hombres, que le siguen, su mensaje y su obra. Nos entregó lo que Él realizó. A eso llega su confianza en el hombre.

Y, esta mañana, nos dice: Ahora os toca a vosotros. Sed vosotros los que acercáis mi enseñanza. Tomad vosotros la palabra. El Espíritu quita la mudez. Lo haréis con fidelidad y será posible la fidelidad, si acogéis al Espíritu.

En la escuela vosotros me hacéis presente. Empieza vuestra tarea. Me atrevo a deciros: Entrad a la escuela. Intentad hacer presente su vida en vuestra vida, su palabra en la vuestra, su estilo en el vuestro. El discípulo aspira a asemejarse al maestro. Y el profesor cristiano entra, cada día, en la escuela, con ánimo y conciencia de discípulo.

No os extrañe la contradicción, o que os sometan al ridículo. El Señor llegó a decir: "Estad contentos el día que esto suceda". Decid la verdad del hombre para que alcancen a conocer al Padre. No cabe duda de que para la escuela, esa rica comunidad humana, es una suerte el profesor cristiano. Quitad el temor. Con vosotros en la escuela entra Cristo.

4.- *El laico hoy en la Iglesia*

Esta es la conclusión de las reflexiones anteriores. No he pretendido que sean profundas o exhaustivas, ni siquiera originales. Basta el enunciado y sugerirlas. Me refiero a los retos, que he insinuado, y me refiero a la contemplación de Cristo. Las dos orillas de donde nos vienen retos. La respuesta, en este caso, es el laico en la Iglesia. Es la meta y el objetivo de mi charla.

Recogeré referencias de la carta del Papa sobre los cristianos laicos; aludiré al documento de los obispos españoles sobre los laicos, "Iglesia en el mundo". Y, a la vez, os invito a leer el escrito de la Congregación romana sobre la escuela católica y el maestro en ella.

He de hacer una referencia, como entendéis, al laico cristiano en la escuela. El título aproximado podría ser: "*Cristianos laicos, Iglesia en la escuela*". Con esto pretendo contribuir a consolidar la intuición y consolidación del grupo o departamento que pretendéis formar en la Iglesia Diocesana, en el Secretariado de Enseñanza.

Os sugiero cuatro rasgos del perfil del laico. Os repito datos ya apuntados.

1.- *La eclesialidad.*

La sustentan, entre otras, estas palabras de Cristo: "*Vosotros sois mis sarmientos*".

El cristiano laico es **Iglesia en la escuela**. Es un rasgo imprescindible, original. "Iglesia" expresa la *comunidad* necesaria para la misión. Así lo deducimos de la *Lumen Gentium*.

El laico es miembro de pleno derecho en la Iglesia. Da su persona a la Iglesia. Se adhiere a Cristo en la Iglesia. Necesita a la Iglesia. La Iglesia lo necesita. A veces hemos empobrecido la luminosa vocación del laico a la sombra del clérigo.

Aunque sea de modo incompleto, describo este rasgo con otra expresión acuñada en ChL: Es la *corresponsabilidad*. Es palabra introducida en el vocabulario eclesial. Es palabra sugerente, exigente, orientadora, de modo que nos resitúa en el mapa de la Iglesia. La corresponsabilidad posee resonancias, añade al trabajo personal la necesaria referencia de relación, de comunión. Entre nosotros toda la responsabilidad es siempre corresponsable.

La corresponsabilidad nos *reafirma* en la fuente misma de nuestra vida de creyentes. La fuente es el *Espíritu Santo*, que distribuye dones, gracias, servicios, ministerios, tareas, funciones diversas a cada uno. Lo hace **para construir el Cuerpo unido y único, que es la Iglesia**. Por eso el protagonista de todo es el Espíritu, "Señor y dador de vida". Nosotros somos corresponsables. Ejercemos la responsabilidad mirando a los demás. "La casa es de todos".

Y nos reafirma en el 'señorío' de *Cristo*, "piedra angular", lo llamamos; "Cabeza" de todo el Cuerpo"; "Vid" necesaria, repleta de savia. Los dones y carismas que poseéis arrancan de Cristo y del Espíritu. Y dos sacramentos os los dan: el bautismo y la confirmación.

Si entendemos bien la corresponsabilidad, veremos que nos reafirma en la *edificación de la Iglesia*. Lo primero es lo de todos. Que cada uno haga lo que sabe hacer, puede o debe hacer; que lo haga mirando al Cuerpo entero.

La corresponsabilidad, si afirma nuestra responsabilidad, por otra parte, nos denuncia el *protagonismo* desmedido, que no tiene razón de ser, es helador de la comunión, es simiente de desunión. El protagonismo mal entendido no acepta la corresponsabilidad, la asfixia y contagia ceguera.

En la otra acera está el *derrotismo o el cansancio*. A veces no es que el sacerdote ahogue la corresponsabilidad, es que no la encuentra. No es infrecuente que el laico haga dejación de sus derechos y deberes y se contente con la expresión de servicios mínimos.

En conclusión: La comunión y su expresión, la corresponsabilidad, son el eco concreto de la Iglesia como comunión. Más en concreto nos centran en la Iglesia Diocesana, que es matriz y es punto obligado de referencia.

Recordad y veréis que el Señor contó con los Apóstoles. Les dejó tareas. Hoy os dice también a vosotros: "Traedme vuestros trozos de pan, y dadles vosotros de comer".

Si vivís la comunión, seréis Iglesia. Así podéis abrir la puerta de la escuela y con vosotros entrará ciertamente la Iglesia.

2.- En el corazón de la escuela

Así concreto, hablando con vosotros, un rasgo necesario en el perfil del laico. Su puesto más genuino es el corazón del mundo, en vuestro caso, el corazón de la escuela. Es la misión.

El Espíritu dijo a Felipe: "*Acércate y camina a su lado*". Es un rasgo de Cristo maestro, la cercanía, fue uno de tantos.

Este rasgo nos habla de Pentecostés, que anuda con la Iglesia, pero, a la vez, orienta hacia el corazón humano. Porque el solar de la Iglesia es el mundo, donde haya hombres. Donde haya sordos, tullidos, ciegos, abandonados... Jesús habló con afecto de los niños.

Si entendéis este rasgo, notaréis un potente chorro de aire fresco. Pentecostés tuvo mucho de vendaval. La *misión* nos libera del ahogo, del ghetto, rompe la rutina, moviliza los pies, da coraje al corazón y "parresía" a la vida. Sofonías hablaba de "gentes sin miedo" (3,15).

Además del mandato del Señor: "*Id, poneos en camino*", escuchad también la voz de la escuela que os dice: "¡Venid!". "Acércate", decía nuestro lema diocesano.

Plantar la Iglesia y el Evangelio en la escuela, porque es un bien para el hombre. Se nos llama, por eso, a ser *evangelizadores*. Por varias razones:

Porque existe un déficit de presencia pública. Es asignatura hoy todavía pendiente. En la vida pública, en la escuela, se vive la necesaria dimensión social de la fe y del Evangelio. Es servir a la persona. Es hacer del humanismo cristiano un compromiso.

Porque el Evangelio tiene un dinamismo incontenible y sin fronteras. Está destinado a impregnar toda la actividad humana, sin confundirse con ella ni anularla. Hablamos de "inserción", que es propia de la levadura y de la sal.

Porque se nos habla de "inculturización" de la fe. El Papa Pablo VI, en su inolvidable Encíclica, sobre el anuncio del Evangelio, dedica una página extraordinaria a "evangelizar la cultura" dominante. La recordamos con sencillos datos muy activos.

Porque estamos tocando la condición más peculiar del laico. Es su condición secular. El Papa Juan Pablo II lo define como nuevo protagonista de la historia y lo ve "lanzado en las fronteras de la historia: la familia, la cultura... la ciencia, los grandes problemas de la vida, de la solidaridad, de la paz, de la ética profesional, de los derechos de la persona humana, de la educación..." (Homilía conclusiva del Sínodo 1987; Cf. CLIM, nº 43).

Es el mundo y la atmósfera que están descritos en la *Gaudium et Spes*.

Este es vuestro campo. La escuela: lo que es, lo que vive, lo que debe ser.

3.- La formación

Para realizar este proyecto de comunión y de misión, el laico necesita otro rasgo, al que sois especialmente sensibles: la *formación*.

San Pablo hablaba de "*hasta la talla de Cristo*" y hemos hecho anteriormente una larga contemplación de Cristo Maestro.

La formación nos sugiere una necesidad sentida y una tarea inacabada, como muy bien sabéis y vivís.

La formación íntegra, integradora, sistemática. La llamáis liberadora. Formación desde la vida y para la vida. Formación con la Palabra de Dios. En la formación del laico cristiano entra de lleno la espiritualidad, el cuidado de la fe personal, la oración personal y comunitaria, la contemplación. Nos lo ha recordado el Papa en la NMI. Es la condición del "testigo", que se ha encontrado con Jesucristo y que busca encontrarse con Él, como repite nuestro Plan Diocesano de Pastoral.

Nos formamos para vivir la *comunión* con Cristo, con el Padre y con el Espíritu, origen necesario y permanente de la misión.

Formamos para *construir la Iglesia* y no parcelas o cotos. Para vivir la comunión con otros grupos. Nos formamos para romper competitividades.

Nos formamos para realizar adecuadamente la *misión*. Hemos de pensar en los alejados, en los emigrantes, en los débiles, como son los niños.

Formamos para el *diálogo y la escucha*. Para hacer ciudadanos.

En realidad es *Dios* quien nos forma. Así lo afirma el Papa en ChL. La misión la hacen los **testigos**, que tienen experiencia de Dios, que han sido enseñados por Dios. En este momento histórico el hombre pide y agradece que le den razones para vivir y esperar. Es dejarse formar por Dios, para ser sus testigos.

Pero, además, es tiempo de *educadores*, con la pasión noble de enseñar, cuando a diario hay un bombardeo de informaciones multiplicadas, manipuladas, despersonalizantes.

4.- El asociacionismo

Es el cuarto rasgo y con el termino el perfil del laico.

El Señor enviaba “*de dos en dos*”. Y ésta es la opción recomendada por el Concilio. Nada puede sustituir al apostolado personal, que es derecho y deber del laico.

Releyendo el nº 18 de *Apostolicam Actuositatem* se saca la conclusión de que el asociacionismo es una forma extraordinaria de ejercer el apostolado laical, “que hay que apreciarlo como es debido..., debe ser objeto de privilegiada estima por parte de los sacerdotes ..., y todos, según sus posibilidades, deben promover las asociaciones” (Cf. n. 21). Habría que leer igualmente los números 29 y 30 de ChL.

Existen criterios de discernimiento para promover Movimientos y Asociaciones de Apostolado Seglar. Los criterios van desde la **santidad** al **protagonismo de los laicos**, dirigiéndose la asociación. Otros criterios son que el Movimiento o Asociación tenga clara la confesión y la celebración de la fe, la comunión eclesial, el asumir el fin evangelizador y apostólico de la Iglesia, la solidaridad con los pobres y, finalmente, promueva la presencia en la vida pública. Se dice que estos criterios han de ser globalmente asumidos, no fragmentados y, además, realizados en los Movimientos y Asociaciones.

Con el asociacionismo se nos *cuestiona* el individualismo; no somos evangelizadores en solitario. En la Asociación se da el cauce adecuado para vivir la corresponsabilidad. El Movimiento es una mesa redonda: Cada uno tiene su puesto reconocido.

Como dice el Concilio, no se trata sólo de eficacia, que sí se da, sino de estilo de comunión, que refleja la Iglesia.

Las Asociaciones y Movimientos nos hacen reconocer el valor insustituible de la *parroquia*. Pero, a la vez, son testimonio de que la parroquia no agota las capacidades y posibilidades del evangelizar. Y así ocurre con la *escuela* evangelizadora.

Por último, el Asociacionismo, bien entendido, es clave de la eclesialidad, como dije en primer lugar y nos denuncia la *atomización* del Apostolado Seglar. Porque el mapa del Apostolado Seglar está troceado. Crecen barreras, abundan fronteras. Es preciso recomponer la dispersión.

Concluyo: En esta víspera de Pentecostés, en la que oramos todos con María, he querido ayudaros a perfilar los rasgos de vuestro grupo de educadores cristianos. He visto en él no sólo el compromiso personal necesario, sino que el Espíritu ha apuntado la meta de la Asociación.

Recibid mi saludo y apoyo. Sale ganando la escuela.